

Hora Santa del 5 de Marzo de 2026

RECOPILOCÓN



El pasado jueves 5 de marzo nos reunimos en la iglesia, con el Santísimo Sacramento iluminado por velas tenues y un silencio que invitó a la intimidad. Fue la Cuarta Hora Santa para los amigos del Sagrado Corazón, y desde el primer momento se sintió cómo Jesús en la Hostia abrió su Corazón herido.

Nos acercamos no como extraños, sino como amigos verdaderos: con la ternura de Juan, el abandono de Lázaro, Marta y María, la valentía discreta de Nicodemo. No buscábamos glorias del Tabor, sino compartir su agonía en Getsemaní, su soledad en la Cruz y su espera callada en el Sagrario. Queríamos consolarlo donde casi todos lo habían dejado solo.

La meditación en Getsemaní nos golpeó fuerte: Jesús pidió a sus tres más cercanos que velaran con Él, y ellos se durmieron. Mientras, los enemigos no descansaban, y Judas velaba para traicionarlo. Ahí entendimos que la herida más profunda en su Corazón no viene de los que lo odian, sino de los que decimos amarlo y lo abandonamos en la hora oscura.

Entonces Jesús habló al alma. Nos confesó su tristeza infinita: vive entre nosotros, en nuestras almas y en el Sagrario, y aun así no lo conocemos de verdad. Nos habló de la amargura por la infidelidad de sus amigos: cuando extiende la mano en la tiniebla, casi siempre encuentra vacío. “Mis amigos duermen”, repitió, y cada vez dolía más.

Sus quejas fueron claras y tiernas a la vez:

- Que le damos migajas de amor, que lo ponemos en segundo plano, que medimos el corazón cuando Él se dio entero.
- Que desconfiamos de su misericordia, que temblamos ante Él pese a que se hizo pequeño en la Hostia.
- Que mantenemos distancias cuando Él cerró el abismo y nos eligió como íntimos.
- Que huimos de la cruz, siguiéndolo en los días fáciles pero desapareciendo en el Calvario.
- Y sobre todo, su sed ardiente: “Tengo sed” de almas, de ser amado, de que salgamos a incendiar el mundo con su caridad.

Respondimos con promesas que brotaban del fondo del alma: “Creemos con fe inmensa en tu amor”, repetimos ante cada miseria nuestra. Prometimos confianza sin límites, intimidad sin barreras, amor que crece en el sufrimiento (“Te amaremos más todavía”), y celo por las almas. Rezamos jaculatorias por sus cinco llagas, y cada una avivaba el fuego interior.

Al final, le pedimos por el reinado de su Corazón en hogares y sociedad, por la bendición de esta cruzada de amor. Le prometimos ser sus apóstoles fieles, pequeños pero dispuestos a todo.

Cuando salimos esa noche, llevábamos una certeza: Jesús no pide perfección, pide amistad verdadera. Y esa amistad —generosa, confiada, crucificada y celosa— es lo único que calma su sed y consuela su Corazón.